

minotauro

# PHILIP K. DICK

UNA MIRADA  
A LA OSCURIDAD



# PHILIP K. DICK

UNA MIRADA A LA OSCURIDAD

minotauro

Título original: *A Scanner Darkly*

© 1977, Philip K. Dick. All rights reserved

© de la traducción, Estela Gutiérrez Torres

© Editorial Planeta, S. A., 2002  
Avda. Diagonal, 662-664, 7ª planta. 08034 Barcelona  
[www.edicionesminotauro.com](http://www.edicionesminotauro.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

ISBN: 978-84-450-0731-0  
Depósito legal: B. 1.751-2021  
Preimpresión: Realización Planeta

Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

# 1

Había un tipo que se pasaba el día quitándose bichos del pelo. El médico le dijo que no tenía bichos en el pelo. Después de estar ocho horas en la ducha, bajo el agua caliente, atormentado por los bichos, salió y se secó, y seguía teniendo bichos en el pelo; de hecho, tenía todo el cuerpo cubierto de bichos. Un mes después tenía bichos en los pulmones.

Como no tenía ninguna otra cosa que hacer o en que pensar, empezó a trazar el ciclo vital teórico de los bichos y, con la ayuda de la Britannica, a intentar determinar qué bichos eran aquellos exactamente. Ahora los tenía por toda la casa. Leyó sobre muchos tipos diferentes y finalmente vio que también había bichos fuera de casa, por lo que concluyó que eran áfidos. Una vez que se decidió, ya no cambió de opinión, y no tuvo en cuenta lo que la gente le decía, como que «Los áfidos no pican a las personas».

Se lo decían porque las picaduras interminables de los bichos lo atormentaban constantemente. En la tienda de comestibles Seven-Eleven, una cadena establecida en la mayor parte de California, compró pulverizadores Raid, Black Flag y Yard Guard. Para empezar

pulverizó la casa, y luego se pulverizó él mismo. El Yard Guard parecía el más eficaz.

En cuanto a la parte teórica, advirtió tres etapas en el ciclo de los áfidos. Primero, le llegaban a través de lo que él llamaba portadores, que eran gente que desconocía su papel en la distribución de los bichos. Durante esa fase, los bichos no tenían boca o mandíbulas (aprendió esa palabra durante sus semanas de investigación, ocupación inusualmente libresca para alguien que trabajaba en Handy Brake and Tire reparando los tambores de freno de los coches de la gente). Por tanto, los portadores no sentían nada. Solía sentarse en la esquina de la sala de estar para observar la entrada de diferentes portadores –la mayor parte de los cuales eran conocidos suyos, aunque a algunos no los había visto nunca– cubiertos de áfidos en aquella fase inofensiva. A veces sonreía para sí, pues sabía que la persona estaba siendo utilizada por los bichos sin darse cuenta.

–¿De qué te ríes, Jerry? –decían.

Él se limitaba a sonreír.

En la fase siguiente, a los bichos les salían alas o algo, no eran alas exactamente; en cualquier caso, eran apéndices funcionales que les permitían desplazarse en enjambres, que era como migraban y se expandían, sobre todo hacia él. Donde él se encontraba, el aire estaba lleno de ellos; su sala de estar, su casa entera, eran una nube. Durante esta fase, él intentaba no inhalarlos.

Lo sentía sobre todo por su perro, porque podía ver cómo los bichos aterrizaban y se instalaban sobre él, y probablemente se le metían en los pulmones, como se habían metido en los suyos. Era probable que –al menos así se lo decían sus dotes empáticas– el perro estuviera sufriendo tanto como él. ¿Debería regalarlo para que viviera mejor? No, decidió que el perro

estaba infectado sin saberlo y se llevaría los bichos con él allí donde fuera.

A veces se duchaba con el perro, intentando limpiarlo también a él. Tenía el mismo éxito con el perro como consigo mismo. Le dolía verlo sufrir; nunca dejaba de intentar ayudarlo. En cierto modo, aquello era lo peor, el sufrimiento del animal, que no podía quejarse.

—¿Qué diablos haces todo el día en la ducha con el maldito perro? —le preguntó una vez su compañero Charles Freck, que llegó cuando se estaba duchando.

Jerry le dijo:

—Tengo que quitarle los áfidos. —Sacó a Max, el perro, de la ducha y empezó a secarlo. Charles Freck observó, perplejo, cómo Jerry untaba al perro con aceite para bebés y le aplicaba talco. Había insecticidas, botes de talco, frascos de aceite para bebés y cremas para la piel apilados y amontonados por toda la casa, la mayoría vacíos; ahora utilizaba muchos botes al día.

—No veo ningún áfido —dijo Charles—. ¿Qué es un áfido?

—Acaba matándote con el tiempo —dijo Jerry—. Eso es un áfido. Los tengo en el pelo, la piel y los pulmones, y el maldito dolor es insoportable. Voy a tener que ir al hospital.

—¿Cómo es posible que yo no los vea?

Jerry dejó al perro en el suelo, envuelto en una toalla, y se arrodilló junto a él.

—Voy a enseñarte uno. —La alfombra estaba llena de áfidos; saltaban por todas partes, arriba y abajo, unos más alto que otros. Buscó uno especialmente grande, porque a la gente les costaba verlos—. Tráeme una botella o un bote —dijo— de debajo del fregadero. Le pondremos una tapa, así podré llevármelo cuando vaya al médico y él podrá analizarlo.

Charles Freck le llevó un bote de mahonesa vacío. Jerry siguió buscando, y al fin encontró un áfido que saltaba más de un metro en el aire. El áfido tenía unos tres centímetros. Lo cogió, lo llevó hasta el frasco, lo dejó dentro con cuidado y cerró la tapa. Entonces lo sostuvo en alto, triunfante.

–¿Lo ves?

–Síiiiiii –dijo Charles Freck, abriendo mucho los ojos mientras escrutaba el contenido del bote–. ¡Qué grande! ¡Guau!

–Ayúdame a buscar más para que los vea el médico –dijo Jerry, que volvió a arrodillarse en la alfombra con el bote a su lado.

–Claro –dijo Charles Freck, e hizo lo mismo.

En una hora tenían tres tarros llenos de bichos. Charles, a pesar de ser la primera vez que lo hacía, halló algunos de los más grandes.

Era un mediodía de junio de 1994. Estaban en California, en una zona de casas de plástico, baratas pero resistentes, que la gente normal había abandonado años atrás. Hacía ya tiempo, Jerry había pintado de blanco todas las ventanas para que no entrara luz; la iluminación de la habitación provenía de una lámpara de pie en la que había atornillado nada menos que unos focos que se mantenían encendidos día y noche, como para abolir el tiempo tanto para él como para sus amigos. Le gustaba; le gustaba liberarse del tiempo. Así podía concentrarse en las cosas importantes sin interrupción. Cosas importantes como esta: dos hombres arrodillados en la alfombra de esparto buscando un bicho tras otro y metiéndolos en un tarro tras otro.

–¿Qué conseguimos con esto? –dijo Charles Freck algo más tarde–. Quiero decir, ¿el médico paga una recompensa o algo? ¿Un premio? ¿Algo de pasta?

–Así ayudo a encontrar un remedio perfecto contra ello –dijo Jerry.

El dolor, por constante que fuera, había llegado a ser insoportable; nunca se había acostumbrado a él, y sabía que nunca lo haría. El deseo, el ansia de darse otra ducha lo abrumaba.

–Eh, tío –jadeó poniéndose en pie–, sigue metiéndolos en los tarros mientras yo echo una meada. –Se dirigió al cuarto de baño.

–Vale –dijo Charles; le temblaban las largas piernas mientras se inclinaba hacia un tarro, ahuecando ambas manos. Sin embargo, era un excombatiente y aún tenía un buen control muscular; consiguió llegar al tarro. Pero entonces dijo de repente–: Eh, Jerry, estos bichos me están asustando un poco. No me gusta estar aquí solo. –Se levantó.

–Maldito hijo de puta –dijo Jerry jadeando dolorosamente cuando se detuvo un instante en el cuarto de baño.

–¿Por qué no...?

–¡Tengo que mear! –Cerró la puerta con un portazo y abrió el grifo de la ducha. El agua corrió.

–Me da miedo estar aquí. –La voz de Charles llegó débilmente, aunque era evidente que estaba gritando.

–¡Entonces que te jodan! –le respondió Jerry gritando también, y se metió en la ducha. ¿Para qué mierda sirven los amigos?, se preguntó con amargura. ¡Eso estaba mal, muy mal! ¡Jodidamente mal!

–¿Pican estas mierdas? –gritó Jerry al lado de la puerta.

–Sí, pican –dijo Jerry poniéndose champú en el pelo.

–Es lo que pensaba. –Una pausa–. ¿Puedo lavarme las manos para quitármelos y esperarte?

Put a mierda, pensó Jerry con una furia amarga. No dijo nada, simplemente siguió duchándose. El cabrón no merecía que le contestasen. No prestó atención a Charles Freck, solo a sí mismo. A sus propias necesidades, vitales, absorbentes, terribles y urgentes. Todo lo demás tendría que esperar. No tenía tiempo, ninguno; estas cosas no podían dejarse para más tarde. Excepto el perro, se preguntó cómo estaría Max, el perro.

Charles Freck telefoneó a alguien que esperaba que tuviera.

—¿Puedes conseguirme unas diez muertes?

—Dios, no tengo ninguna, estoy intentando comprar para mí. Avísame si encuentras alguna, podría quedarme con unas cuantas.

—¿Qué pasa con el suministro?

—Alguna redada, supongo.

Charles Freck colgó y luego se imaginó una escena mientras salía de la cabina de teléfono —nunca se usaba el teléfono de casa para comprar— y se dejaba caer en el Chevy aparcado. En la escena imaginaria pasaba con el coche por delante del almacén Thrifty, donde tenían un escaparate enorme; botellas de muerte lenta, latas de muerte lenta, tarros y bañeras y tintas y tazones de muerte lenta, millones de cápsulas y tabletas y dosis de muerte lenta, muerte lenta mezclada con metanfetaminas y heroína y barbitúricos y psicodélicos, todo, y un cartel gigante: CONCEDEMOS CRÉDITO. Por no mencionar: PRECIOS BAJÍSIMOS, LOS MÁS BAJOS DE LA CIUDAD.

Pero en la realidad, en el escaparate del Thrifty normalmente no había nada: peines, botellas de aceite mineral, botes de desodorante en espray, siempre ese

tipo de basura. Pero seguro que la farmacia de atrás tiene muerte lenta bajo llave intacta, pura, sin adulterar, sin cortar, pensó mientras conducía por Harbor Boulevard hacia el tráfico de la tarde. Una bolsa de unos veinticinco kilos.

Se preguntó cuándo y cómo descargaban la bolsa de veinticinco kilos de Sustancia D en la farmacia Thrifty todas las mañanas, de dondequiera que viniese; tal vez de Suiza o si no de un planeta donde vivía una raza de sabios. Probablemente la entregaban muy temprano y con guardias armados: polis con rifles láser y aspecto imponente, como siempre tenían los polis. Si alguien me roba mi muerte lenta, pensó, dentro de la cabeza del poli, me lo cargo.

Probablemente la Sustancia D se encuentre en cualquier medicamento legal que valga algo, pensó. Una pizca aquí y otra allí según una fórmula exclusiva y secreta de la casa fabricante de Alemania o Suiza que la inventó. Pero él sabía la verdad; las autoridades se cargaban o metían en la cárcel a cualquiera que la vendiera, la transportara o la consumiera, así que en ese caso al almacén Thrifty –todos los millones de almacenes Thrifty– le dispararían o lo bombardearían para que cerrara o le pondrían una multa. Probablemente solo le pusieran una multa. El Thrifty tenía enchufe. En cualquier caso, ¿cómo se disparaba a una cadena de grandes almacenes? ¿O la matabas?

Solo tienen cosas normales, pensó mientras pasaba por delante. Se sentía fatal porque en su escondite solo le quedaban trescientas tabletas de muerte lenta, enterradas en el patio del fondo debajo de la camelia, la híbrida, con aquellas grandes flores tan guais que no se marchitaban en primavera. Solo tengo para una semana, pensó. ¿Qué pasará cuando se me acabe? Mierda.

Imagínate que a toda la gente de California y parte de la de Oregón se le acaba el mismo día, pensó. Guau.

Era la mejor escena fantástica de terror que se le había ocurrido en todos los tiempos, la que se les debía ocurrir a todos los colgados. Toda la parte occidental de Estados Unidos quedándose sin reservas al mismo tiempo y todo el mundo con el síndrome de abstinencia en el mismo día, probablemente sobre las seis de la mañana del domingo, cuando la gente que no se drogaba se vestía para ir a la jodida misa.

Escena: La Primera Iglesia Episcopal de Pasadena, a las 8.30 de la mañana del Domingo del Mono.

–Queridos feligreses, en este momento de necesidad pidamos ayuda a Dios. Que intervenga en la agonía de quienes se encuentran retorciéndose en su cama con el síndrome de abstinencia.

–Sí, sí –asintió la congregación con el sacerdote.

–Pero antes de que Él intervenga con una nueva remesa de...

Era evidente que un poli había notado algo en la forma de conducir de Charles Freck que él no había visto; había salido del aparcamiento y lo estaba siguiendo, de momento sin luces ni sirenas, pero...

Tal vez esté haciendo esos o algo, pensó. El puto coche de la bofia me ha visto hacer algo raro. Me pregunto qué será.

POLI: –Muy bien, ¿cómo se llama?

–¿Cómo me llamo? (NO ME ACUERDO DE CÓMO ME LLAMO.)

–¿No sabe cómo se llama? –El poli hace señales a otro poli del coche patrulla–. Este tío está colocadísimo.

–No me dispare aquí –dice Charles Freck en su es-

cena de horror imaginaria inducida por la visión del poli que lo seguía—. Al menos lléveme a comisaría y dispáreme allí, donde no lo vea nadie.

Para sobrevivir en este estado policial fascista, pensó, siempre tienes que ser capaz de dar un nombre, tu nombre. En todo momento. Ese es el primer signo de que estás muy nervioso que ellos buscan, que no seas capaz de decirles quién diablos eres.

Lo que voy a hacer, decidió, es pasar en cuanto vea un sitio para aparcar, me apartaré voluntariamente antes de que ponga las luces o haga algo y, entonces, cuando se pare a mi lado le diré que tengo una rueda floja o algún problema mecánico.

Eso siempre les encanta, pensó. Que te rindas así y no puedas continuar. Es como si te arrojaras al suelo como hacen los animales, exponiendo el vientre suave, desprotegido e indefenso. Eso haré, pensó.

Lo hizo, se apartó a la derecha y pegó las ruedas delanteras del coche contra el bordillo. El coche de policía siguió su camino.

He parado para nada, pensó. Ahora va a ser difícil volver a salir, hay mucho tráfico. Apagó el motor. A lo mejor me quedo aquí aparcado un rato, decidió, y medito en alfa o atravieso diferentes estados de conciencia. Posiblemente observando cómo pasan las tías por la acera. Me pregunto si harán bioscopios para cuando estás cachondo, en lugar de alfa. Las ondas cachondas, primero muy cortas, luego más largas, más y más grandes, hasta que se salen de la escala.

Esto no me lleva a ninguna parte, pensó. Debería estar por ahí fuera intentando localizar a alguien que tenga. Debo encontrar a alguien que me suministre o muy pronto estaré alucinando, y entonces no seré capaz de hacer nada. Ni siquiera estar parado en el bor-

dillo como ahora. No solo no sabré quién soy, tampoco sabré dónde estoy o qué está pasando.

¿Qué está pasando?, se preguntó. ¿Qué día es hoy? Si supiera qué día es sabría todo lo demás, iría recordando poco a poco.

Miércoles, en el centro de L. A., sección Westwood. Delante, uno de esos gigantescos centros comerciales rodeados por un muro en el que rebotas como una pelota de goma, a menos que tengan encima una tarjeta de crédito y entres por el arco electrónico. Como no tenía crédito para ninguno de los centros comerciales, sus conocimientos de cómo eran las tiendas por dentro se basaban exclusivamente en informes orales. Un buen montón de gente, evidentemente, vendiendo buenos productos a las personas que no se drogaban, sobre todo mujeres. Observó a los guardas armados y uniformados que había en la puerta del centro comercial cacheando a cada persona que entraba, comprobando que el hombre o la mujer fuera el propietario de una tarjeta de crédito y no la hubiera robado, vendido, comprado, utilizado fraudulentamente. Montones de gente entraban por la puerta, pero se imaginó que sin duda muchos iban solo a mirar los escaparates. Toda esa gente no puede tener pasta o ganas de comprar a esta hora del día, reflexionó. Es pronto, solo las dos pasadas. Por la noche; entonces sí. Todas las tiendas iluminadas. Él podía –todos los hermanos y hermanas podían– ver las luces desde fuera, como cascadas de chispas, como un parque de atracciones para niños grandes.

En las tiendas de este lado del complejo, que no querían tarjeta de crédito, sin guardas armados, no se vendían cosas muy caras. Tiendas de cosas pequeñas: una tienda de zapatos y una de televisores, una panade-

ría, un puesto de reparación de pequeños electrodomésticos, una lavandería automática. Observó a una chica con una chaqueta corta de plástico y unos pantalones elásticos que vagaba de tienda en tienda; tenía el pelo bonito, pero no le veía la cara, no veía si era guapa. No tiene mal tipo, pensó. La chica se paró un rato frente a un escaparate de artículos de piel. Estaba mirando un bolso con borlas; la veía que lo estudiaba atentamente, pensaba, hacía planes para el bolso.

Seguro que entra y pide que se lo enseñen, pensó.

La chica entró rápidamente en la tienda, como se había imaginado. Otra chica pasó entre el tráfico de la acera, esta con una blusa con volantes, tacones altos, el pelo plateado y demasiado maquillaje. Intenta parecer mayor de lo que es, pensó él. Probablemente todavía esté en el instituto. Después de ella no llegó nadie que mereciera la pena mencionar, así que quitó la cuerda que mantenía cerrada la guantera y sacó un paquete de cigarrillos. Encendió uno y puso la radio del coche en una emisora de rock. Antes tenía un radiocasete estéreo, pero al final, un día que estaba cargando se olvidó de llevársela cuando cerró el coche; naturalmente, cuando volvió le habían robado todo el equipo. Eso es lo que pasa cuando no andas con cuidado, había pensado, y por eso ahora solo tenía una radio chapucera. Algún día se la llevarán también. Pero sabía dónde podía conseguir otra por casi nada, de segunda mano. De todas formas, el coche estaba para el desguace; el filtro del aceite estaba destrozado y la compresión era bajísima. Era evidente que había quemado una válvula en la autopista una noche que volvía a casa con un buen puñado de un material excelente; a veces cuando compraba mucho se ponía paranoico, no tanto por la policía como por si le robaban. Algunos tíos estaban desespera-

dos por el síndrome de abstinencia y se portaban como unos cabronazos.

Una chica que pasaba le llamó la atención. Pelo negro, guapa, paso lento; llevaba una blusa corta abierta y unos pantalones tejanos blancos muy lavados. Eh, la conozco, pensó. Es la chica de Bob Arctor. Es Donna.

Abrió la puerta del coche con un empujón y salió. La chica lo miró y siguió andando. Él la siguió.

Cree que intento tirármela, pensó mientras serpenteaba entre la gente. Qué rápido aumentó la velocidad; ahora apenas distinguía sus facciones cuando ella se giraba. Tenía una cara firme, serena. Vio unos ojos grandes que lo estudiaban y calculaban su velocidad y si llegaría a atraparla. No a este ritmo, pensó él. Se mueve rápido de verdad.

En la esquina, la gente se había parado esperando a que la señal dijera ADELANTE en lugar de DETÉN-GASE; los coches giraban a la izquierda a gran velocidad. Pero la chica siguió andando, rápido pero con dignidad, abriéndose paso ente los coches lanzados. Los conductores la miraron con indignación. Ella pareció no darse cuenta.

–¡Donna! –Cuando la señal dijo ADELANTE cruzó corriendo detrás de ella y llegó a su altura. En lugar de correr, la chica se limitó a caminar con rapidez–. ¿No eres la novia de Bob? –dijo él. Consiguió ponerse delante de ella para examinarle la cara.

–No –dijo ella–. No. –Se acercó a él, directamente hacia él; Freck se echó hacia atrás, porque ella tenía un cuchillo corto apuntándole al estómago–. Piérdete –dijo la chica, y siguió avanzando sin aminorar la marcha ni vacilar.

–Estoy seguro de que eres tú –dijo él–. Te vi en su casa.

—Apenas distinguía el cuchillo, apenas una fracción diminuta de la hoja de metal, pero sabía que estaba allí. Lo apuñalaría y seguiría andando. Protestó, sin dejar de retroceder. La chica tenía el cuchillo tan bien escondido que probablemente nadie de los que pasaban por allí podía verlo. Pero él sí; iba directamente en su dirección mientras ella se aproximaba sin vacilar. Se hizo a un lado entonces, y la chica siguió su camino en silencio.

—¡Santo Dios! —dijo a su espalda. Sé que es Donna, pensó. Lo que pasa es que no se acuerda de mí, de que me conoce. Asustada, supongo; asustada porque piensa que voy a intentar enrollarme con ella. Tienes que tener cuidado, pensó, cuando te acercas a una tía extraña en la calle; están todas preparadas ahora. Les han pasado demasiadas cosas.

Extraño cuchillo, pensó. Las tías no deberían llevarlos; cualquier tío podría doblarle la muñeca y apuntarle a ella con la hoja en cuanto quisiera. Yo podría haberlo hecho si de verdad hubiera querido tirármela. Se quedó allí, sintiéndose enfadado. Sé que era Donna, pensó.

Cuando emprendió el camino hacia el coche aparcado, se dio cuenta de que la chica se había detenido, había salido de la corriente de transeúntes y ahora lo miraba en silencio.

Caminó hacia ella con precaución.

—Una noche —dijo—, Bob, otra tía y yo estábamos escuchando unas viejas cintas de Simon and Garfunkel, y tú estabas allí... —Había estado llenando cápsulas de muerte de calidad superior, una a una, concienzudamente, durante más de una hora. Lo mejor. Número Uno: Muerte. Después de terminar les había dado una a cada uno y se las habían tomado todos juntos. Excep-

to ella. Yo solo las vendo, había dicho. Si empezara a tomármelas me comería todos los beneficios.

La chica dijo:

–Pensaba que ibas a tirarme al suelo y a follarme.

–No –dijo él–. Solo me preguntaba si... –vaciló–. ¿Cómo te iba a follar aquí, en la acera? –añadió, sorprendido–. ¿A la luz del día?

–Quizá en un portal. O metiéndome en un coche.

–Te conozco –protestó él–. Y Arctor me mataría si hiciera eso.

–Bueno, no te reconocí. –Se acercó a él tres pasos–. Soy un poco miope.

–Deberías llevar lentillas. –Tenía, pensó, unos ojos oscuros preciosos, grandes y cálidos. Lo que significaba que no estaba drogada.

–Tenía unas. Pero una se me cayó en una olla de ponche. Un ponche de ácido, en una fiesta. Se hundió hasta el fondo y supongo que alguien la cogió y se la bebió. Espero que estuviera buena. Me costaron treinta y cinco dólares nuevas.

–¿Quieres que te lleve a algún sitio?

–Me follarás en el coche.

–No –dijo él–. Ahora mismo no puedo hacerlo, en estas últimas dos semanas. Debe de ser que están adulterando todo el material con algún producto químico.

–Es un argumento muy bueno, pero ya lo he oído antes. Todo el mundo me folla. –Se corrigió–. Lo intenta, al menos. Ser una tía es así. Ahora mismo estoy demandando a un tío por acoso y asalto. Estamos pi- diendo daños y perjuicios por más de cuatro mil.

–¿Hasta dónde llegó?

Donna dijo:

–Me tocó una teta.

–Eso no vale cuatro mil.

Juntos, volvieron andando al coche.

–¿Tienes algo que vender? –preguntó él–. Estoy fatal. Casi no me queda nada, en realidad, Dios, no tengo nada, imagínate. Aunque sean unas pocas, si pudieras guardarme unas pocas.

–Puedo conseguirte algo.

–Tabletas –dijo él–. No me pincho.

–Sí –Donna asintió con determinación bajando la cabeza–. Pero, mira, ahora mismo están muy escasas, el suministro se ha interrumpido temporalmente. Supongo que ya te habrás dado cuenta. No puedo conseguirte muchas, pero...

–¿Cuándo? –interrumpió Freck. Habían llegado al coche, se detuvo, abrió la puerta, entró. Donna entró por el otro lado. Se sentaron uno junto al otro.

–Pasado mañana –dijo Donna– si puedo ponerme en contacto con ese tío. Creo que podré.

Mierda, pensó él. Pasado mañana.

–¿No puede ser antes? ¿No puede ser esta noche, por ejemplo?

–Mañana como muy pronto.

–¿Cuánto?

–Sesenta dólares por cien.

–Oh, Dios –dijo él–. Es un timo.

–Son superbuenas. Le he comprado antes; no son como lo que se compra normalmente. Tienes mi palabra, valen la pena. De hecho, prefiero comprarle a él antes que a ningún otro cuando puedo. No siempre tiene. Mira, ha hecho un viaje al sur, creo. Acaba de volver. Las ha recogido él en persona, así que sé con seguridad que son buenas. Y no tienes que pagarme por adelantado. Me pagas cuando las tenga. ¿De acuerdo? Me fío de ti.

–Yo nunca pago por adelantado –dijo él.

–A veces hay que hacerlo.

–De acuerdo –dijo Freck–. Entonces, ¿puedes conseguirme por lo menos cien?

Intentó calcular rápidamente cuántas podía comprar, en dos días probablemente pudiera reunir ciento veinte dólares y comprarle doscientas tabletas. Y si mientras tanto encontraba más baratas, podía olvidarse de ella y comprarle a otro. Esa era la ventaja de no pagar nunca por adelantado, además de que nunca te timaban.

–Has tenido suerte de encontrarte conmigo –dijo Donna cuando arrancó el coche y volvió a la carretera–. He quedado con ese tío dentro de una hora más o menos, y probablemente tenga todo lo que necesite... Has tenido una suerte increíble. Este es tu día. –Sonrió, y él le devolvió la sonrisa.

–Ojalá pudieras conseguirlas antes –dijo.

–Si lo hago... –Abrió el bolso y sacó una pequeña libreta y un bolígrafo con el rótulo CARGA DE BATERÍAS ELÉCTRICAS– ¿Cómo puedo ponerme en contacto contigo? Y no me acuerdo de cómo te llamas.

–Charles B. Freck –dijo él.

Le dio su número de teléfono (en realidad no era el suyo, sino el que utilizaba para mensajes así, el de la casa de un amigo que no se drogaba) y ella lo apuntó con dificultad. Cuánto le costaba escribir, pensó él. Entre cerrando los ojos y garabateando poco a poco... Ahora ya no enseñan una mierda a las tías en el colegio, pensó. Es completamente analfabeta. Pero está buena. Así que casi no sabe leer ni escribir, ¿y qué? ¿Qué importa eso en una tía con unas tetas tan buenas?

–Creo que me acuerdo de ti –dijo Donna–. Un poco. Está todo confuso, lo de esa noche. Lo que sí recuerdo es que estuve metiendo el polvo en esas pequeñas cápsu-

las, cápsulas de Librium, después de hacer un montón con el contenido original. Quizá tiré la mitad, al suelo, quiero decir. –Lo observó mientras conducía, reflexivamente–. Pareces un buen tío –dijo–. ¿Y luego seguirás en el mercado? ¿Querrás más después de un tiempo?

–Claro –dijo él, preguntándose si podría mejorar su precio cuando volviera a verla; creía que sí, lo más probable. En cualquier caso salía ganando. Es decir, en cualquier caso compraba.

La felicidad, pensó, es saber que tienes pastillas.

El día fuera del coche, y toda la gente ocupada, la luz del sol y la actividad pasaban inadvertidos; Freck era feliz.

Mira lo que había encontrado por casualidad; porque, de hecho, un poli lo había seguido sin querer. Un nuevo suministro inesperado de Sustancia D. ¿Qué más se le podía pedir a la vida? Probablemente pudiera contar con dos semanas por delante, casi medio mes, antes de palmarla o estar a punto de palmarla; el mono de la Sustancia D hacía que las dos cosas fueran lo mismo. ¡Dos semanas! Exaltado olió, durante un momento, la breve emoción de la primavera que entraba por las ventanas abiertas del coche.

–¿Quieres venir conmigo a ver a Jerry Fabin? –preguntó a la chica–. Estoy haciendo un viaje para llevarle cosas a la Clínica Federal Número Tres, donde lo tiene desde anoche. Estoy llevándole solo un poco cada vez, porque hay posibilidades de que salga y no quiero tener que cargarlo todo otra vez a su casa.

–Prefiero no verlo –dijo Donna.

–¿Conoces a Jerry Fabin?

–Jerry Fabin cree que fui yo quien lo contaminó con esos bichos.

–Áfidos.

–Bueno, entonces aún no sabía lo que eran. Mejor no me acerco. La última vez que lo vi se puso muy violento. Son las células receptoras del cerebro, al menos eso creo. Parece que sí, por lo que dicen los panfletos del gobierno.

–Eso no se cura, ¿verdad? –dijo él.

–No –respondió Donna–. Es irreversible.

–Los de la clínica dijeron que me dejarían verlo, y que creían que podía, ya sabes... –gesticuló– no ser... –volvió a gesticular; era difícil expresar con palabras lo que estaba intentando decir sobre su amigo.

Mirándolo, Donna dijo:

–Tú no tienes ninguna lesión en el centro del habla, ¿verdad? En el... ¿cómo se llama? Lóbulo occipital.

–No –dijo él enérgicamente.

–¿Tienes algún tipo de lesión? –Donna se golpeó ligeramente la cabeza.

–No, es solo que... ya sabes. Me cuesta hablar sobre esas malditas clínicas; odio las Clínicas de Afasia Neural. Una vez fui a visitar a un tío, estaba intentando encerrar el suelo; dijeron que no podía encerrar el suelo, quiero decir, que no sabía cómo se hacía. Lo que me fastidió es que seguía intentándolo. Quiero decir, no fue solo una hora, seguía intentándolo cuando volví un mes después. Igual que lo había estado intentando el otro día, una y otra vez, cuando lo vi allí por primera vez, la primera vez que fui a visitarlo. Él no comprendía por qué no lo hacía bien. Recuerdo su mirada. Estaba convencido de que lo haría bien si conseguía averiguar lo que hacía mal.

«¿Qué estoy haciendo mal?», les preguntaba. No había manera de decírselo. Quiero decir, se lo decían, diablos, yo también se lo decía, pero él seguía sin comprenderlo.

–He leído que las células receptoras del cerebro son lo primero que se lesionan –dijo Donna plácidamente–. El cerebro de alguien que ha tenido un mal chute o un chute demasiado, demasiado fuerte. –Estaba observando los coches de adelante–. Mira, uno de esos nuevos Porsches con dos motores. –Señaló con entusiasmo–. Guau.

–Conocí a un tío que consiguió arrancar uno de esos nuevos Porsches haciendo un puente con los cables –dijo él–, y lo llevó a la autopista de Riverside y lo puso a doscientos ochenta. Se lo cargó –gesticuló–. Se fue directo contra el culo de un chalé. Ni lo vio, supongo. –Se imaginó una escena: él mismo al volante de un Porsche, pero viendo el chalé, todos los chalés. Y a todos los que pasaban por la autopista, la autopista de Hollywood a la hora punta, mirándolo. Mirándolo seguro, a un tío atractivo, larguirucho y de hombros anchos, en el nuevo Porsche a trescientos veinte kilómetros por hora, y todos los polis con la boca abierta, sin poder evitarlo.

–Estás temblando –comentó Donna. Se acercó y le puso la mano sobre el brazo. Una mano tranquila a la que él respondió inmediatamente–. Frena.

–Estoy cansado –dijo Freck–. He estado dos días y dos noches levantado contando bichos. Contándolos y metiéndolos en botes. Y al final, cuando nos entró el mono y nos levantamos y nos preparamos la mañana siguiente para meter los frascos en el coche y llevarse los al médico para que los viera, no había nada dentro. Estaban vacías. –Sentía que estaba temblando, y lo veía en sus manos, en el volante, las manos temblorosas en el volante, a treinta kilómetros por hora–. Ni un puto bicho –dijo–. Nada. No había nada. Y entonces me di cuenta, me di cuenta, mierda. Se me ocurrió, su cere-

bro, el cerebro de Jerry. El aire ya no olía a primavera y Freck pensó, de repente, que necesitaba urgentemente una dosis de Sustancia D; era más tarde de lo que pensaba, o había tomado menos de lo que creía. Por suerte tenía una provisión que siempre llevaba consigo en la guantera, atrás. Empezó a buscar un aparcamiento vacío para parar.

–La mente te engaña –dijo Donna remotamente; parecía haberse encerrado en sí misma, estar muy lejos.

Freck se preguntó si su manera errática de conducir le preocupaba. Probablemente no.

Otra escena imaginaria empezó a desplegarse de pronto en su mente, sin su consentimiento: vio, primero, un gran Pontiac aparcado, con un gato a punto de soltarse, levantando una de las ruedas traseras. Tras el coche, un niño de unos trece años con el pelo largo y pajizo intentando evitar que el coche se moviera, mientras gritaba pidiendo ayuda. Se vio a sí mismo y a Jerry Fabin salir corriendo de casa, de la casa de Jerry, por el camino de entrada salpicado de latas de cerveza hacia el coche. Él aferró la puerta del coche del lado del conductor para abrirla, para pisar con fuerza el pedal de freno. Pero Jerry Fabin, que solo llevaba unos pantalones y ni siquiera tenía zapatos, el pelo todo desordenado y suelto –lo habían despertado los gritos–, corrió hasta la parte de atrás del coche y, con el hombro desnudo y pálido que nunca veía la luz del día, golpeó al chico y lo apartó del coche. El gato se inclinó definitivamente y cayó, la parte de atrás del coche chocó contra el suelo, el neumático y la rueda se fueron rodando y el chico se salvó.

–Era demasiado tarde para frenar –jadeó Jerry, intentando apartarse el pelo feo y grasoso de los ojos y parpadeando–. No había tiempo.

–¿Está bien? –gritó Charles Freck. El corazón aún le latía con fuerza.

–Sí. –Jerry se acercó al chico, jadeando–. ¡Mierda! –le gritó al chico, furioso–. ¿No te dije que esperaras a que lo hiciéramos contigo? Y cuando un gato se sale... ¡Mierda, tío, no puedes aguantar dos mil quinientos kilos! –Tenía el gesto retorcido de furia. El chico, el pequeño Ratass, parecía triste y se removía con aspecto culpable–. ¡Te lo he dicho montones de veces!

–Fui directo al freno –explicó Charles Freck, consciente de su idiotez, de su propio lío mental, tan grande como el del chico e igualmente letal. No había reaccionado como una persona adulta. Pero quería justificarlo de alguna manera, como hacía el chico, con palabras–. Pero ahora me doy cuenta... –Siguió gimoteando y luego la escena se interrumpió; en realidad era una petición documental, porque recordaba el día en que había sucedido, cuando todos vivían juntos. Sin el buen instinto de Jerry, el Pontiac se habría caído encima de Ratass y le habría machacado la columna vertebral.

Los tres volvieron lentamente a la casa, sombríos, sin ni siquiera ir a buscar el neumático y la rueda, que todavía estaban rodando.

–Estaba durmiendo –murmuró Jerry cuando entraron en la oscuridad de la casa–. Es la primera vez en dos semanas que los bichos me dejan en paz. No he dormido nada en cinco días, corriendo y corriendo. Pensé que en una de esas se habían ido; se habían ido. Pensé que al fin se habían rendido y habían ido a algún otro sitio, a la puerta de al lado y fuera de la casa. Ahora los siento otra vez. Ese décimo bote de desparasitario No Pest Strip que me puse, o a lo mejor fue el undécimo... Me han vuelto a engañar, como a todos los

otros. –Pero ahora su voz sonaba débil, sin enfado, solo baja y perpleja. Puso la mano en la cabeza de Ratass y le dio un golpe fuerte–. Estúpido niño. Cuando se salga el gato del parachoques, apártate de ahí en seguida. Olvídate del coche. Nunca te pongas detrás e intentes empujar toda esa masa y pararla con tu cuerpo.

–Pero, Jerry, tenía miedo de que el eje...

–Que lo jodan al eje. Que jodan al coche. Es tu vida. –Atravesaron el oscuro salón, los tres, y la repetición de un momento ya pasado parpadeó y murió para siempre.